

MARÍA LUISA BATTEGAZZORE

FRIEDRICH ENGELS Y EL ESTADO, ESE TRASTO VIEJO

El proletariado victorioso, lo mismo que hizo la Comuna, no podrá por menos de amputar inmediatamente los lados peores de este mal, entretanto que una generación futura, educada en condiciones sociales nuevas y libres, pueda deshacerse de todo este trasto viejo del Estado.

F. Engels¹

La cuestión del Estado fue y sigue siendo una piedra de toque de los proyectos revolucionarios y, en alguna medida, del pensamiento y la práctica de la izquierda en un sentido amplio, incluyendo al autodenominado progresismo.

En una época en que las extremas derechas apelan a la “batalla cultural” y se presentan como “libertarias” y anti-Estado, no está de más reflexionar sobre algunas cuestiones, en parte porque el estudio del pensamiento de Engels y Marx no merece emprenderse con un abordaje arqueológico, sino de viva actualidad. No voy a entrar en el análisis de esas tendencias que, paradójicamente, necesitan apoderarse del aparato del Estado para imponer sus orientaciones. Me interesa el campo de las izquierdas actuales cuando acceden al gobierno. Es posible que haya excesiva referencia al Uruguay, pero la izquierda uruguaya se inserta tan tenazmente en las orientaciones globales, desprendiéndose de sus peculiaridades y de su propia historia, que la aldea puede reflejar al mundo.²

Nos preguntamos sobre tendencias y orientaciones en la práctica y en la teoría políticas del progresismo. ¿Se incrementa o disminuye el poder, la gravitación y el tamaño de la máquina burocrático-represiva del Estado? ¿Se crean nuevas vías de participación e iniciativa de los ciudadanos y/o las organizaciones sociales en las decisiones políticas o persiste la separación, casi divorcio, del Estado con la sociedad? ¿Menguan o no las prerrogativas, prebendas y remuneraciones de los gobernantes y la burocracia? ¿Crece o disminuye el peso parasitario —el término es de Marx y Engels— del Estado? Y podríamos seguir. Y, lo más importante, ¿se reconoce el carácter de clase del Estado, más allá de los sectores o partidos que ocasionalmente desempeñen el gobierno?

¹ Introducción de 1891 a *La guerra civil en Francia*, de K. Marx. Disponible: en www.marxists.org/espanol/m-e/1870s/gcfran/1.htm.

² La academia califica a las nuevas derechas como “neopatriotas” o “soberanistas”, adjudicando a las izquierdas la adhesión a la globalización liberal, aunque el supuesto nacionalismo de aquellos sectores no les impide la construcción de lo que llaman un “internacionalismo reaccionario”. En este sentido, ver José Antonio Sanahuja y Camilo López Burian: *Internacionalismo reaccionario y nuevas derechas neopatriotas latinoamericanas frente al orden internacional liberal*. En: *Cojuntura Austral*, 30/9/2020. <https://seer.ufg.br/index.php/ConjunturaAustral/index>.

El reiterativo recurso a la fórmula de las “políticas de Estado”, al “interés nacional”³ o al “diálogo nacional”; la fe inmovible en “la justicia”, es decir, en el sistema judicial; el enfoque centrado en la “agenda de derechos” y la “diversidad”, y una visión sociológica que distingue entre “los vulnerables” y el resto de la sociedad como conjunto indiferenciado, así como las invocaciones a lo que hace bien o mal a la democracia, parecerían demostrar lo contrario. Sin contar que esta última consideración implica una reificación de la democracia, mirada como un cuerpo o un ser al que hay que mantener saludable. Un dios mortal, como el Leviatán hobbesiano o un organismo, como en Hegel, para quien el Estado es un sujeto que obra y piensa, “sabe lo que quiere”.

Las sucesivas “actualizaciones ideológicas” de las izquierdas, desde fines de la década de los 80, reflaton una terminología característica del pensamiento burgués clásico como “sociedad civil”.⁴ En algunas expresiones está implícita o explícita la noción de un contrato social. Posteriormente, se va adoptando, como programa máximo, la agenda de derechos, centrada en la cuestión de género, la diversidad, la inclusión, las políticas focalizadas, la discriminación positiva.

A comienzos del siglo XXI, las izquierdas ponían énfasis en la “construcción de ciudadanía”,⁵ desconociendo el carácter abstracto del concepto burgués de ciudadano que implica la disociación del ser humano en el sujeto jurídico, genérico y el concreto hombre viviente, una forma de alienación, como ya lo plantea Karl Marx desde sus escritos juveniles, en particular *Sobre la cuestión judía* (1844). “El límite de la emancipación política se manifiesta inmediatamente en el hecho de que el Estado pueda liberarse de un límite sin que el hombre se libere realmente de él, en que el Estado pueda ser un Estado libre sin que el hombre sea un hombre libre”, un argumento que reaparece en la *Crítica al programa de Gotha* y en el *Anti-Dühring*.

De donde se sigue que el hombre se libera por medio del Estado, se libera políticamente, de una barrera, al ponerse en contradicción consigo mismo, al sobreponerse a esta barrera de un modo abstracto y limitado, de un modo parcial. [...] El Estado es el mediador entre el hombre y la libertad del hombre.⁶

El Estado anula a su modo las diferencias de nacimiento, de estado social, de cultura y de ocupación al declarar el nacimiento, el estado social, la cultura y la ocupación del hombre como diferencias no políticas, al proclamar a todo miembro del pueblo, sin atender a estas diferencias, como copartícipe por igual de la soberanía popular [...] No obstante, el Estado deja que la propiedad privada, la cultura y la ocupación actúen a su modo, es decir, como propiedad privada, como cultura y como ocupación, y hagan valer su naturaleza especial. Muy lejos de acabar con estas diferencias de hecho, *el Estado sólo existe sobre estas premisas* [...].⁷

De lo que se deduce la inanidad de intentar mitigar o abolir las desigualdades sociales con base en disposiciones legislativas o reglamentarias. Claro que el viejo concepto de igualdad, como meta a alcanzar,

³ Según Hegel, el fin del Estado es el interés general, que por ser la sustancia de los intereses particulares no impide que éstos se mantengan.

⁴ En Uruguay, el Frente Amplio se sometió a sucesivas actualizaciones que le hicieron abandonar su programa original, el cual incluía transformaciones estructurales, como la reforma agraria o la nacionalización de la banca y el comercio exterior, así como el objetivo de liberación nacional, al tiempo que se suprimía el concepto de imperialismo. Asimismo, se privilegió su carácter de coalición de partidos, debilitando su condición de movimiento y sus organizaciones de base. Al llegar a cargos de gobierno (Intendencia de Montevideo en 1990 y Presidencia de la República en 2005), se trazaron límites precisos entre las funciones gubernamentales y la órbita de la fuerza política.

⁵ Un tópico central en los debates del Foro Social Mundial, que se reunió por primera vez, como contraparte del Foro de Davos, en Porto Alegre en 2001, bajo la consigna “Otro mundo es posible” (aunque sería más exacto formularla como “otra globalización es posible”). Uno de los impulsores de estas reuniones fue Attac, adversa al neoliberalismo pero no a la globalización. Su principal propuesta era la Tasa Tobin, pequeño impuesto sobre las transacciones financieras internacionales, con objeto de formar un fondo para distribuir entre los países más pobres.

⁶ C. Marx, *Sobre la cuestión judía* [1843]. <http://archivo.juventudes.org/textos>.

⁷ *Ibidem*. Destacado mío. MB.

ha sido sustituido por el concepto de equidad, que viene a ser, según el diccionario, “disposición del ánimo que mueve a dar a cada uno lo que merece”; es un criterio subjetivo que puede no llegar nunca al acto.

El origen y la naturaleza del Estado

Desde sus escritos de juventud, Karl Marx y Friedrich Engels refutan la noción según la cual la existencia del Estado es natural y eterna. Lo piensan, por el contrario, como un producto del proceso histórico, y no de cualquier proceso, sino del que conduce a la sociedad de clases, una sociedad dividida por antagonismos irreconciliables.

Así, pues, el Estado no es de ningún modo un poder impuesto desde fuera de la sociedad; tampoco es «la realidad de la idea moral», «ni la imagen y la realidad de la razón», como afirma Hegel. Es más bien un producto de la sociedad cuando llega a un grado de desarrollo determinado; es la confesión de que esa sociedad se ha enredado en una irremediable contradicción consigo misma y está dividida por antagonismos irreconciliables, que es impotente para conjurar. Pero a fin de que estos antagonismos, estas clases con intereses económicos en pugna no se devoren a sí mismas y no consuman a la sociedad en una lucha estéril, se hace necesario un poder situado aparentemente por encima de la sociedad y llamado a amortiguar el choque, a mantenerlo en los límites del «orden». Y ese poder, nacido de la sociedad, pero que se pone por encima de ella y se divorcia de ella más y más, es el Estado.

[...] Por tanto, el Estado no ha existido eternamente. Ha habido sociedades que se las arreglaron sin él, que no tuvieron la menor noción del Estado ni de su poder. Al llegar a cierta fase del desarrollo económico, que estaba ligada necesariamente a la división de la sociedad en clases, esta división hizo del Estado una necesidad.⁸

La monarquía hereditaria podía parecer natural, que siempre había existido, por más que la construcción de un poder central, que superó la fragmentación feudal y regional, llevó siglos. Pero el Estado burgués nació de profundas rupturas y conflictos inmediatos, de revoluciones que desgarraron las sociedades. Hobbes, testigo de la gran Revolución Inglesa del siglo XVII, propone un monstruo –Leviatán– para acabar con el terrible y más monstruoso Behemoth, la guerra civil, la lucha de todos contra todos.⁹ Hobbes brinda la legitimación teórica de una autoridad *de facto*, surgida de la revolución y la destrucción del régimen vigente –el regicida Parlamento Rabadilla, el Lord Protector–, una *asamblea de hombres o un hombre* depositarios de la soberanía. Como acotación: no existía una palabra para expresar el concepto de Estado, por lo que el buen latinista Hobbes usa en buen inglés el equivalente a república –*res publica, commonwealth*.¹⁰

Herencias, atavismos y contragolpes

Los uruguayos compartimos con los alemanes una “veneración supersticiosa”¹¹ por el Estado, herencia del exaltado Estado benefactor del batllismo, situado por encima de las clases, mediador en sus conflictos con la

⁸ F. Engels, *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado* [1884], www.marxist.org /español, pp. 93-95.

⁹ *Leviatán* y *Behemoth* son dos obras que Hobbes escribe en inglés y no en latín, porque aspiraba a ilustrar a la generalidad de sus contemporáneos. La segunda era un análisis de las guerras civiles que tienen su culminación en la ejecución de Carlos Estuardo. La educación universal era uno de los medios de cohesión política que proponía Hobbes.

¹⁰ *Estate (state)* significaba, entre otras cosas, rango, condición social y, asimismo, patrimonio, especialmente rural, y estamento o corporación, como los tres órdenes del Parlamento –clero, nobleza y comunes. *Commonwealth* es usada por John Milton con el significado preciso de república, en el alegato republicano escrito en vísperas de la restauración de la monarquía y la dinastía Estuardo en 1660.

¹¹ Engels usa esa expresión en referencia a los alemanes, como se verá más adelante.

aparente función de inclinar la balanza a favor de los más débiles.¹² Al Estado se transfiere el imaginario solar, designándolo “el poncho de los pobres”. Esta noción, fuertemente interiorizada en la conciencia social, pudo ser conmovida e impugnada en la gran crisis orgánica de la “década larga”¹³ de los 60, pero retorna, como un ideal recuperado, después de la dictadura. Paraíso perdido y recobrado, a pesar de que los gobiernos colorados y blancos que se sucedieron no justificaban en modo alguno esa ilusión. Dentro del progresismo frenteamplista hubo intentos de identificarse como herederos y verdaderos continuadores del primer batllismo. Algo extraño, porque si bien en el pasado la posición de la izquierda tradicional –socialista, anarquista y luego comunista– pudo haber tenido cierta ambigüedad respecto al batllismo, nunca perdió de vista su carácter de clase y no cayó en el seguidismo.

En la revalorización del Estado también influyó, sin duda, de contragolpe, la necesidad de enfrentar, en la teoría y en la práctica políticas, las posiciones neoliberales que dominaron en el fin de siglo. Estas doctrinas lograron implantar la idea de que la opción era entre Estado y mercado, reivindicando un Estado prescindente que permitiera actuar a la “mano invisible” del mercado y sus leyes, presentadas como leyes naturales.

Pero la vida ha mostrado hasta el hartazgo que el Estado nunca es prescindente. Ni el más liberal de los gobiernos, ni siquiera el libertariano, duda en echar mano a las fuerzas públicas para reprimir cuando lo considera necesario. Pero no es solamente que actúe como “juez y gendarme”, según la conocida fórmula. Tampoco vacila en incidir en la economía y la sociedad a través de los impuestos o la política cambiaria, ni en acudir prontamente al rescate financiero de los bancos e instituciones que, con una desenfrenada especulación, provocaron la crisis de 2007-2008,¹⁴ a los que Bush y luego Obama otorgaron miles de millones de dólares para su recapitalización mientras miles de ciudadanos perdían sus viviendas. Sin contar que fue también la intervención estatal, con sus políticas desreguladoras, la que permitió el desarrollo de esa crisis.

Lo cual no implica que, ante lo que Borón considera “una inédita mercantilización de la vida social”, no se luche por el espacio de lo público, estrechado por el avance de lo privado, y no se reivindiquen como derechos humanos la salud, la educación, la previsión social y hasta la seguridad, hoy definidos por las nada inocentes categorías de “bienes” o “servicios”.¹⁵

Por otra parte, la izquierda podía estar sujeta a la influencia de dos lecturas, contradictorias y, paradójicamente, convergentes, de la teoría marxista del Estado. Contradictorias por sus fuentes, pero coincidentes, no obstante, en sostener la afirmación del Estado –en inconfesable oposición a las tesis clásicas de Marx, Engels y Lenin– producen estas dos interpretaciones: 1) La socialdemocracia alemana, en particular Bernstein y el Kautsky tardío; 2) Stalin y el estalinismo en la URSS, con su proyección internacional a los partidos comunistas.

¹² Se hace referencia al llamado primer batllismo, el movimiento generado en las presidencias de José Batlle y Ordóñez (1903-1907; 1911-1915). Perteneciente al Partido Colorado, su gobierno fortaleció el poder del Estado y su campo de acción, creándose los primeros entes públicos para cimentar la intervención en la vida económica; profundizó el proceso de secularización, el desarrollo de la educación, el proteccionismo a favor de la industria y promulgó una importante legislación social en beneficio de los trabajadores y las mujeres. Se proclamó “obrerista”, para distanciarse del socialismo, de la idea de la lucha de clases y de cambios revolucionarios. Filosóficamente fue espiritualista y cercano al krausismo. Manejó con eficacia las comunicaciones desde su diario *El Día* y creó una red de clubes electorales de base territorial para organizar a las masas e integrar a los inmigrantes. Su aspiración era construir un “pequeño país modelo”, un “laboratorio social” para las reformas, guiadas por el humanitarismo y el progreso.

¹³ Parafraseando el concepto de “siglo corto” de Hobsbawm. A mi entender, la década de 1960, como período político-cultural, en Uruguay alcanza hasta el golpe del 73.

¹⁴ Conocida como *subprime mortgage crisis*. Con Obama hubo algún programa de apoyo a los pobladores desalojados, pero era menos de un 10% del paquete destinado a la recuperación económica y la reinversión.

¹⁵ “La reconversión de derechos en mercancías significa, lisa y llanamente, no sólo una redefinición excluyente y restrictiva de los mismos, sino que su disfrute pasa a estar mediado por la capacidad que tengan quienes aspiran a ellos de adquirirlos en el mercado”. A. Borón, *Tras el búho de Minerva*, Buenos Aires, FCE, 2000, p. 104.

Desde la fracción autoproclamada marxista del SPD,¹⁶ Kautsky, que podía jactarse de conocer de memoria los textos de Marx y Engels,¹⁷ termina por contradecirse a sí mismo para limitar la lucha política del proletariado al terreno electoral y parlamentario. Si bien se ubica en una posición comparativamente menos conciliadora al rechazar que los parlamentarios socialistas entraran en coaliciones o participaran de gobiernos burgueses, y tenía algo más clara la problemática del imperialismo, desde la década de 1890 empieza a concebir la toma del poder como conquista de mayorías parlamentarias. En el año 1912, polemizando con Pannekoek, Kautsky dice lo siguiente: “... ¿qué quiere decir él entonces con la ‘total destrucción de la organización del Estado’? ¿Querrá suprimir quizás la función estatal de los empleados de Estado?”. Y arguye: “Pero si nosotros en el partido y los sindicatos, no podemos prescindir de empleados, mucho menos entonces será posible hacerlo en la administración del Estado”. Astutamente pregunta qué ministerios habría que suprimir y concluye que todos son imprescindibles. Es interesante el argumento para defender la existencia de recaudadores de impuestos, pero el más brillante de todos es el que refiere a la policía:

¿Y el ministerio del Interior, la policía? No, tampoco en este caso es nuestro deseo disolverlos, sino transformar su función. [...] necesitaremos de policía sanitaria, policía internacional, para la persecución de la adulteración de comestibles, para la vigilancia de las fábricas, para que haga cumplir las leyes de seguridad en el trabajo; policía contra los ricos en lugar de contra los pobres.

Admite que el proletariado busque eliminar aquellas instituciones de las que está excluido, como la cámara alta, pero debe luchar por aumentar la influencia de los cuerpos legislativos en los que sus representantes participan y lograr la mayoría en ellos.

Y el objetivo de nuestra lucha política sigue siendo el mismo: la conquista del poder del Estado por la obtención de una mayoría en el parlamento y el ascenso del parlamento al dominio del gobierno. De ninguna manera perseguimos la destrucción del poder del Estado.¹⁸

Es decir, un sistema parlamentarista de gobierno y lograr mayorías electorales serían el medio y el fin de la lucha por el socialismo.

Por su parte, dice Stalin:

La dictadura del proletariado no es un cambio de gobierno, sino un Estado nuevo, con nuevos organismos de poder centrales y locales; es el Estado del proletariado, que surge sobre las ruinas del Estado antiguo, del Estado de la burguesía. [...] El Estado es una máquina puesta en manos de la clase dominante para aplastar la resistencia de sus enemigos de clase. En este sentido, la dictadura del proletariado realmente no se distingue en nada de la dictadura de cualquier otra clase, pues el Estado proletario es una máquina para aplastar a la burguesía. Pero hay aquí una diferencia esencial. Consiste esta diferencia en que todos los Estados de clase que han existido hasta hoy han sido la dictadura de una minoría explotadora sobre una mayoría explotada, mientras que la dictadura del proletariado es la dictadura de la mayoría explotada sobre la minoría explotadora.¹⁹

De lo que se sigue que la revolución tiene como objeto destruir el Estado burgués, pero no el Estado como tal: crea un Estado de nuevo tipo, instrumento de dominación de las mayorías.

¹⁶ Partido Socialdemócrata Alemán, por sus siglas en alemán.

¹⁷ Según Lenin, disponía de un gigantesco fichero de citas.

¹⁸ K. Kautsky, *La nueva táctica*, [*Die Neue Zeit*, 1912], pp. 20-21 y 26. www.marxists.org/español.

¹⁹ J. Stalin, *Fundamentos del leninismo* [1924], O. C., T. VI, Moscú, Ediciones en lenguas extranjeras, 1953, p. 40. www.marxists.org/español.

Stalin no olvida algunas tesis fundamentales sobre el Estado de Marx, Engels o Lenin y, en sus *Fundamentos del leninismo*, señala que sólo “la *forma soviética* de Estado [...] es capaz de preparar la extinción del Estado, lo que constituye uno de los elementos fundamentales de la futura sociedad sin Estado, de la sociedad comunista”.²⁰

Sin embargo, años después, en un terreno más político que teórico, en el informe al XVIII Congreso del PCUS, en 1939, dice que cuando Engels hablaba de la extinción del Estado no podía adivinar la situación internacional de esa época, las condiciones de la construcción del socialismo en un solo país, los enemigos exteriores del Estado socialista, situación que exige no sólo la existencia del Estado, sino que sea fuerte, con órganos de represión, contraespionaje y fuerzas armadas especializadas y eficaces. Por tanto, los discípulos de Lenin deben completar *El Estado y la revolución*, corregirlo incluso. Si los bolcheviques procedieron a demoler la máquina del Estado burgués, en su opinión, eso no significa que el nuevo Estado no conserve funciones del antiguo, ni que las formas permanezcan inalterables. El Estado socialista debe permanecer, aunque cambie de formas. Como vimos, según Stalin, cumple más o menos las funciones del Estado precedente con distintos beneficiarios. Y las transformaciones que prevé o reivindica son mayormente formales, jurídico-institucionales, como la Constitución de 1936 que, sostiene, es “la más democrática del mundo”.

En su concepto, Estado y Partido se superponen, son una sola cosa. “Los cuadros del Partido son los mandos del Partido, y puesto que nuestro Partido se halla en el poder, son los mandos de los órganos dirigentes del Estado”,²¹ por lo que hay que incrementar su número y preparación para impulsar la transición al comunismo, que Stalin piensa sencillamente como un aumento del consumo (*a cada quien según su necesidad*) y la exigencia de mayor productividad. Por tanto, dentro de esa lógica, se pregunta y contesta:

¿Se mantendrá en nuestro país el Estado, también durante el período del comunismo? Sí, *se mantendrá*, si no se liquida el cerco capitalista, si no se suprime el peligro de un ataque armado del exterior... No, no se mantendrá y se extinguirá, si el cerco capitalista se liquida, si lo sustituye un cerco socialista. (...) Claro está que, en ese caso, las formas de nuestro Estado volverán a modificarse...²²

Si destiné espacio, quizás demasiado, a recordar estas posiciones desde miradas opuestas, es porque de algún modo esclarecen nuestra herencia ideológica como izquierdas, y la necesidad de su examen crítico. Asimismo, porque demuestran la gran dificultad de siquiera imaginar una sociedad sin Estado, una forma de asociación, convivencia y organización radicalmente diferente. Tanto se ha naturalizado en la conciencia social la inevitabilidad de la existencia del Estado.

De aquí nace una veneración supersticiosa del Estado y de todo lo que con él se relaciona, veneración supersticiosa que va arraigando en las conciencias con tanta mayor facilidad cuanto que la gente se acostumbra ya desde la infancia a pensar que los asuntos e intereses comunes a toda la sociedad no pueden gestionarse ni salvaguardarse de otro modo que como se ha venido haciendo hasta aquí, es decir, por medio del Estado y de sus funcionarios bien retribuidos.²³

Ambas corrientes –estalinismo y socialdemocracia– se circunscriben a los aspectos económicos y jurídicos, no contemplan los cambios más amplios en las relaciones sociales, ni la transformación cultural y moral, el “hombre nuevo”, que debía desarrollarse en el socialismo, a la vez que se esfuerzan en fijar etapas, casilleros

²⁰ *Ibid.*, p. 43

²¹ J. Stalin, *Informe al XVIII Congreso del PCUS* [1939], O.C., T. XV, *ob cit.*, p. 49. www.marxists.org/español.

²² *Ibid.*, p. 55

²³ F. Engels, *Introducción a La guerra civil en Francia* [1891], O. E., Moscú, Progreso, 1969, p. 273.

prolijamente etiquetados, sin pensar si corresponden o no a los objetos reales, de la mano con una comprensión mecánica, lineal y progresista²⁴ de los procesos históricos. Tanto estalinistas como socialdemócratas reivindican la burocracia estatal, tan impiadosamente caricaturizada por Eisenstein en su película *Lo viejo y lo nuevo* o *La línea general* (1929), y cuyo carácter Marx desmenuzara en la *Crítica a la filosofía del Estado de Hegel*.²⁵

Lukács, por su parte, señala la profunda discontinuidad teórico-práctica entre Lenin y Stalin, precisamente en la cuestión del Estado. Ha habido una extendida tendencia a tender un hilo rojo –o negro– entre Engels, Lenin y Stalin para exonerar a Marx, más respetable en la academia, de las malandanzas del socialismo soviético.

En realidad, Lenin tenía claros los peligros e incertidumbres en la construcción del socialismo, la necesidad de reforzar las “correas de transmisión” y los vínculos con las grandes masas para educarlas en la comprensión de la problemática política y económica, para que pudieran asumir la iniciativa y la dirección políticas en las complejidades del “capitalismo de Estado”, en “una sociedad que ya ha saltado de los raíles capitalistas, pero que no ha entrado aún en los nuevos raíles”, en un Estado que “no dirige la burguesía sino el proletariado”.²⁶ Que se haya derrocado a los explotadores, que toda la sociedad sea “una sola oficina y una sola fábrica, con trabajo igual y salario igual”, no es, dice Lenin, “en modo alguno, nuestro ideal ni nuestra meta final, sino sólo un *escalón necesario* para limpiar radicalmente la sociedad de la bajeza y de la infamia de la explotación capitalista y para seguir avanzando”.

A partir del momento en que todos los miembros de la sociedad, o por lo menos la inmensa mayoría de ellos, hayan aprendido a dirigir por sí mismos el Estado, hayan tomado este asunto en sus propias manos, [...] comenzará a desaparecer la necesidad de toda administración en general. [...] Cuanto más democrático sea el «Estado», constituido por los obreros armados y que «no será ya un Estado en el verdadero sentido de la palabra», más rápidamente comenzará a extinguirse todo Estado.²⁷

Sobre su concepto del Estado soviético realmente existente, es ilustrativa su polémica con Trotsky acerca de los sindicatos.

De una parte, al abarcar, al incluir en las filas de la organización a la totalidad de los obreros industriales, los sindicatos son una organización de la clase dirigente, dominante, gobernante [...]. Pero no es una organización estatal, no es una organización coercitiva; es una organización educadora, una organización que atrae e instruye; es una escuela, escuela de gobierno, escuela de administración, escuela de comunismo. [...] los sindicatos crean el vínculo de la vanguardia con las masas [...] de la única clase capaz de conducirnos del capitalismo al comunismo. [...] los sindicatos son “una fuente” de poder estatal. [...] ¿a qué se debe realmente que no consigamos el trabajo armonioso que tanto necesitamos? Se debe a la divergencia en cuanto a los métodos de abordar a las masas, de ganarse a las masas, de vincularse a ellas. [...] El camarada Trotsky habla de «Estado obrero». Permítaseme decir que esto es una abstracción. Se comprende que en 1917 hablásemos del Estado obrero; pero ahora se comete un error manifiesto cuando se nos dice: “¿Para qué defender, y frente a quién defender, a la clase obrera si no hay burguesía y el Estado es obrero?”. *No del todo obrero: ahí está el quid de la cuestión*.²⁸

²⁴ No es lugar para discutir el punto, pero es bueno recordar que Marx y Engels desautorizan la idea de progreso en el devenir histórico [*La sagrada familia*]. Según Gramsci, la noción de *devenir* es filosófica; la de *progreso*, ideológica. Por su parte, Stalin y Gorbachov pensaban que el progreso es inexorable: el proceso histórico sigue una línea ascensional, *dictada* por fuerzas extrahumanas: las fuerzas productivas, las ideas, etc.

²⁵ Si se quiere tener una comprensión del poder y arbitrariedad de la burocracia a la que está sometido el individuo podríamos releer a Kafka o ver la excelente película de Ken Loach *Yo, Daniel Blake* (2016).

²⁶ V. I. Lenin, *Informe al XI Congreso del PCUS* [1922], O. E., T. 3, Moscú, Progreso, 1970, p. 703.

²⁷ V. I. Lenin, *El Estado y la revolución* [1917], O. E., T. 2, *ob. cit.*, p. 374.

²⁸ <https://universidadobrerablog.wordpress.com/2016/08/29/lenin-sobre-los-sindicatos-el-momento-actual-y-los-errores-de-trosky> [1921]. Destacados míos. MLB

Lenin aclara no sólo que el Estado es por definición y composición obrero y campesino, sino que también señala su “deformación burocrática”, contra la que luchó denodadamente.²⁹

Nuestro Estado de hoy es tal que *el proletariado organizado en su totalidad debe defenderse*, y nosotros debemos utilizar estas organizaciones obreras para *defender a los obreros frente a su Estado y para que los obreros defiendan nuestro Estado*.³⁰

Aunque suene paradójico, es de recordar que Stalin, en la práctica, en los hechos, se acercó más a la línea de Trotsky que a la de Lenin.

El proyecto pedagógico de Nadezhda Krúpskaya expresa un paradigma de socialismo que, en definitiva, fue frustrado –como ella misma lo expresa– por la supervivencia de “las viejas concepciones [que] aparecen vestidas con ropaje nuevo, de moda”,³¹ esto es, de los valores burgueses o pequeñoburgueses. Piensa que una educación libre e integral, que brinde “un amplio horizonte politécnico” será el imprescindible instrumento para construir el “reino de la libertad”, alcanzar la plena humanización del hombre.

[...] la construcción del socialismo no consiste únicamente en crear una nueva base económica ni en implantar y fortalecer el poder soviético, sino también en educar a un *hombre nuevo* que aborde de manera nueva, a lo comunista, a lo socialista, todas las cuestiones y cuyas *costumbres* y cuyas relaciones con los demás hombres sean completamente distintas a las que existían bajo el régimen capitalista. [...] Una economía social altamente desarrollada no es más que la base, el fundamento, que hace posible el bienestar general. La esencia de la construcción del socialismo reside en una *organización nueva de todo el tejido social*, en un nuevo régimen social, en *nuevas relaciones entre los hombres*. Queremos construir una vida holgada y al mismo tiempo *luminosa*.³²

En su pensamiento, el trabajo productivo desde la escuela no buscaba solo el aprendizaje del método de ejecución, sino también el conocimiento de los fundamentos científico-técnicos de los procesos de producción, la gestión, distribución y administración, así como el contexto económico-social general y los objetivos políticos. Buscaba echar las bases de la descentralización y la autonomía, en contraposición con la dirección centralizada y heterónoma a la que se había debido recurrir bajo el comunismo de guerra y la NEP.

[...] la iniciativa de las masas obreras, la creatividad de las masas obreras producen un efecto tanto mayor, con mejores resultados, cuanto mejor preparado esté el obrero en el sentido técnico, cuanto mejor comprende todos los procesos de producción, su relación, cuanto más amplio es su horizonte politécnico.³³

Esa educación permitiría superar las desigualdades entre el trabajo intelectual y manual, entre los sexos, entre la ciudad y el campo. Una educación libresca, en su concepto, sólo sirve para alimentar la burocracia y la desigualdad.

²⁹ Ya en 1918, Lenin advertía la tendencia a la burocratización en los propios sóviets y la tendencia a la profesionalización de los puestos políticos, convirtiendo los consejos en órganos de tipo parlamentario, y planteaba la necesidad de luchar contra ello para “hacer participar prácticamente a *toda la población pobre* en la gobernación del país” y por la gratuidad de las funciones estatales, que debían ser asumidas como tarea militante. Lo sabía difícil, pero lo consideraba “la garantía de la consolidación definitiva del socialismo”, V. I. Lenin, *Las tareas inmediatas del poder soviético*, O. E., t. II., *ob. cit.*, pp. 707-708.

³⁰ <https://universidadobrerablog.wordpress.com/2016/08/29/lenin-sobre-los-sindicatos-el-momento-actual-y-los-errores-de-trosky/>. Los destacados son míos. MLB.

³¹ Krúpskaya lo señala en particular respecto a las relaciones entre los sexos.

³² N. Krúpskaya, *La educación de la juventud*, Madrid, Nuestra Cultura, 1978, pp. 28 y 30. Destacado mío. La importancia de afirmar nuevos hábitos y valores sociales es destacada por Lenin en referencia al trabajo voluntario y gratuito de los sábados comunistas.

³³ N. Krúpskaya, *La educación laboral y la enseñanza*, Moscú, Progreso, 1986, pp. 86 y 88.

Velando las armas de la Revolución: el *Manifiesto*

La teoría del Estado en Marx y Engels conoce un proceso de elaboración y precisión, de aprendizaje y desarrollo a partir de la experiencia de las luchas sociales y políticas. Es realmente muy difícil separar la exposición de sus ideas ya que entre ellos hubo una total simbiosis, un recíproco respeto, una constante colaboración, intelectual y práctica.

En su gran obra conjunta, el *Manifiesto Comunista*, escrito en vísperas de la oleada revolucionaria de 1848 e intentando influir sobre ella, Marx y Engels proponen algunas medidas inmediatas a la conquista del poder, que los propios autores considerarán luego superadas por el cambio de las condiciones políticas y económicas, pero sobre todo por las enseñanzas de la Comuna de París (1871): “La comuna ha demostrado, principalmente, que la clase obrera no puede limitarse a tomar posesión de la máquina del Estado en bloque, poniéndola en marcha para sus propios fines”.³⁴ Es la única actualización que introducen en el *Manifiesto Comunista*, desde un prólogo, pues consideran que ya es un documento histórico que no tienen derecho a modificar.

En este texto fundacional aparece con claridad el carácter de clase del Estado: “...la burguesía, después del establecimiento de la gran industria y del mercado universal, conquistó finalmente la hegemonía exclusiva del poder político en el Estado representativo moderno.”³⁵ El gobierno del Estado moderno no es más que una Junta que administra los negocios comunes de toda la clase burguesa”.³⁶ Ya en el *Manifiesto Comunista* aparece esbozada la noción de la dictadura del proletariado, aunque no se la nombre así, pero se reconoce el inicial “carácter despótico” del poder proletario, en tanto deberá cumplir la misión de expropiar a los expropiadores. Y también se plantea la idea de la futura extinción del Estado, en la medida que el proletariado construya una sociedad sin clases, se abolirá a sí mismo como clase dominante y el Estado desaparecerá.

(...) el primer paso de la revolución obrera es la elevación del proletariado a clase dominante, la conquista de la democracia.

El proletariado se valdrá de su dominación política para ir arrancando gradualmente a la burguesía todo el capital, para ir centralizando todos los instrumentos de la producción en manos del Estado, *es decir, del proletariado organizado como clase dominante*, y para aumentar con la mayor rapidez posible la suma de las fuerzas productivas.

Una vez que en el curso del desarrollo hayan desaparecido las diferencias de clase y se haya concentrado toda la producción en manos de los individuos asociados, *el poder público*³⁷ *perderá su carácter político*. El poder político, hablando propiamente, es la violencia organizada de una clase para la opresión de otra. Si en la lucha contra la burguesía el proletariado se constituye indefectiblemente en clase; si mediante la revolución se convierte en clase dominante y, en cuanto clase dominante, suprime por la fuerza las viejas relaciones de producción, las condiciones para la existencia del antagonismo de clases y de las clases en general, y, por tanto, *su propia dominación como clase*.

En sustitución de la antigua sociedad burguesa, con sus clases y antagonismos de clase, surgirá una asociación en que el libre desenvolvimiento de cada uno será la condición del libre desenvolvimiento de todos.³⁸

³⁴ Karl Marx y Friedrich Engels, *Manifiesto del Partido Comunista*, nuevo prólogo a la edición alemana de 1872, OE, ob. cit., p. 30.

³⁵ Anotemos que se habla de “Estado representativo”. El término “democracia” se reserva al triunfo revolucionario del proletariado, dando prioridad al contenido social y no a las formas institucionales.

³⁶ C. Marx y F. Engels, *Manifiesto del Partido Comunista* [1847-1848], OE, ob. cit., pp. 36-37

³⁷ Otras traducciones dicen “el Estado”.

³⁸ *Ibid.*, p. 52-53. Destacados míos. MLB.

Por el contrario, el sentido común, el hábito, impreso por la sociedad burguesa, “acrecienta el egoísmo del hombre común; es decir, considera al prójimo sólo como un límite a su propia existencia y práctica”. Para conseguir esa nueva manera de ver y sentir en el mundo, dirá Lukács más adelante, “debe ser revolucionada a fondo no simplemente la ideología, sino, sobre todo, el ser y la actividad material de la vida cotidiana”³⁹.

El Estado parásito

En *La guerra civil en Francia*, Karl Marx señaló: “El régimen de la Comuna habría devuelto al organismo social todas las fuerzas que hasta entonces venía absorbiendo el Estado parásito, que se nutre a expensas de la sociedad y entorpece su libre movimiento. Con este sólo hecho habría iniciado la regeneración de Francia”.

Si bien el *Manifiesto* ya plantea las líneas básicas sobre las que se construirá la teoría del Estado, aún son consideraciones generales. En *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*, Marx desarrolla un análisis mucho más específico y afinado de la problemática y plantea directamente lo que Lenin considera el núcleo duro de la teoría marxista del Estado: “todas las revoluciones anteriores perfeccionaron la máquina del Estado, y lo que hace falta es romperla, destruirla”.⁴⁰

Y es justamente la “demolición” de la “máquina burocrático-militar del Estado” lo que Marx plantea como “condición previa de toda verdadera revolución popular en el continente”.⁴¹

Las revoluciones burguesas habían demolido las estructuras e instrumentos del poder anterior que no le servían y habían construido su propia máquina estatal, mucho más intrusiva y dilatada que la de la más absoluta de las monarquías. El proletariado la debe destruir, pero su objetivo no será implantar un nuevo tipo de Estado, sino abrir el camino para la desaparición del Estado a través de un “Estado que ya no es un Estado”, encaminarse hacia una asociación libre de productores y de comunidades libres, lograr la real emancipación humana.

El resumen de Engels es categórico:

En todas las proclamas dirigidas a los franceses de provincias, la Comuna les invita a crear una Federación libre de todas las Comunas de Francia con París, *una organización nacional que, por vez primera, iba a ser creada realmente por la misma nación*. Precisamente el poder opresor del antiguo Gobierno centralizado —el ejército, la policía política y la burocracia—, creado por Napoleón en 1798 y que desde entonces había sido heredado por todos los nuevos gobiernos como un instrumento grato, empleándolo contra sus enemigos, precisamente éste debía ser derrumbado en toda Francia, como había sido derrumbado ya en París.⁴²

Así pues, la Comuna, lejos de pretender destruir la unidad de la nación, buscó construirla desde abajo, como autorganización, en sustitución de un Estado “que pretendía ser la encarnación de aquella unidad, independiente y situado por encima de la nación misma, en cuyo cuerpo no era más que una excrecencia parasitaria”.⁴³

³⁹ G. Lukács, *El hombre y la democracia*, Buenos Aires, Contrapunto, 1989, p. 93.

⁴⁰ V. I. Lenin, *El Estado y la revolución*, ob. cit., p. 315.

⁴¹ Karl Marx, Carta a Luis Kugelmann [12/4/1871], O. E., ob. cit., p. 720. En esta carta y otras, Marx utiliza el término “dictadura del proletariado”. Lo señalo porque ha habido una tendencia a atribuir a Engels las ideas y expresiones que se consideran políticamente incómodas.

⁴² F. Engels, *Introducción a La Guerra civil en Francia*, ob. cit., p. 271 Destacado mío. MLB.

⁴³ C. Marx, *La Guerra civil en Francia*. [1871], O. E., ob. cit., p. 305.

La Comuna tuvo que reconocer desde el primer momento que la clase obrera, al llegar al poder, no podía seguir gobernando con la vieja máquina del Estado; que, para no perder de nuevo su dominación recién conquistada, la clase obrera tenía, de una parte, que barrer toda la vieja máquina represiva⁴⁴ utilizada hasta entonces contra ella, y, de otra parte, precaverse contra sus propios diputados y funcionarios, declarándolos a todos, sin excepción, revocables en cualquier momento.⁴⁵

Los representantes respondían a sus representados, estableciéndose el mandato imperativo. Por otra parte, la Comuna impidió que los integrantes de los órganos del Estado se transformaran “de servidores de la sociedad en señores de ella” mediante “dos remedios infalibles”: “cubrió todos los cargos administrativos, judiciales y de enseñanza por elección mediante sufragio universal, concediendo a los electores el derecho a revocar en todo momento a los elegidos. En segundo lugar, todos los funcionarios, altos y bajos, estaban retribuidos como los demás trabajadores. (...) se ponía una barrera eficaz al arribismo y la caza de cargos...”.⁴⁶

Una de las primeras medidas de la Comuna fue abolir el ejército permanente: las fuerzas armadas que defendían París eran las de la Guardia Nacional, el pueblo en armas, ya que se habían enrolado todos los parisinos aptos para luchar contra los prusianos primero y los versalleses después. Incluso su artillería había sido adquirida por suscripción pública, de ahí que el intento de desarmar a la Guardia Nacional fuera la chispa de la insurrección contra el gobierno de Versalles, en el contexto de un país derrotado y ocupado por el ejército de Guillermo I, que se permitió completar la humillación proclamándose emperador en el Salón de los Espejos del Palacio de Versalles.

Engels tiene bien presente que uno de los elementos definitorios del Estado es el monopolio de la fuerza y la coerción, a través de instituciones profesionales dedicadas a ejercer esas funciones bajo su mando. La abolición de este componente del aparato estatal, en sus varias modalidades, es parte de la tarea del proletariado en el poder.

Frente a la antigua organización gentilicia, el Estado se caracteriza en primer lugar por la agrupación de sus súbditos según divisiones territoriales. [...] El segundo rasgo característico es la institución de una fuerza pública, que ya no es el pueblo armado. Esta fuerza pública especial hácese necesaria porque desde la división de la sociedad en clases es ya imposible una organización armada espontánea de la población. [...] Esta fuerza pública existe en todo Estado; y no está formada sólo por hombres armados, sino también por aditamentos materiales, las cárceles y las instituciones coercitivas de todo género...⁴⁷

Reafirma estos conceptos en extraordinaria síntesis para refutar la propuesta de Dühring de un “Estado popular libre”.

El proletariado toma el poder del Estado y transforma primero los medios de producción en propiedad estatal. Pero con eso se supera⁴⁸ a sí mismo como proletariado, se superan todas las diferencias y antagonismos de clase, y, con ello, el Estado como tal Estado. La sociedad existente hasta hoy, que se ha movido en contradicciones de clase, necesitaba el Estado, esto es, una organización de la clase explotadora de cada época para mantener sus condiciones externas de la producción, es decir, para someter por la violencia y mantener a la clase explotada en las condiciones de opresión dictadas por el modo de producción existente (esclavitud, servidumbre de la gleba o vasallaje, trabajo asalariado). (...)

⁴⁴ Simbólicamente, quemó la guillotina en un acto público.

⁴⁵ F. Engels, *Introducción a La Guerra civil en Francia*, ob. cit., p. 271.

⁴⁶ *Ibid.*, p. 272

⁴⁷ F. Engels, *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*. Disponible en www.marxist.org/español.

⁴⁸ Otras traducciones dicen: se destruye o se niega. Es bueno recordar que la superación implica la negación.

Al hacerse finalmente representante real de toda la sociedad, el Estado se hace él mismo superfluo. Desde el momento que deja de haber una clase que mantener en la opresión, desde que se suprime el dominio de clase y, al mismo tiempo, la lucha por la existencia individual fundada por la actual anarquía de la producción, desaparecen las colisiones y los excesos que de ello resultan; no hay ya nada que reprimir y que haga necesario un poder especial represivo, un Estado.

El primer acto en el cual el Estado aparece realmente como representante de la sociedad entera –la toma de posesión de los medios de producción en nombre de la sociedad– es al mismo tiempo su último acto propio como Estado. La intervención de un poder estatal en las relaciones sociales va haciéndose progresivamente superflua en un terreno tras otro, y acaba por languidecer. En lugar del gobierno sobre las personas aparece la administración de las cosas y la dirección de los procesos de producción. El Estado no «se suprime», sino que se extingue.⁴⁹

Engels destaca la dimensión ética de esta nueva sociedad que conocerá su propio proceso de desarrollo, generará distintas relaciones humanas, con tiempos y contenidos que no intenta imaginar apriorísticamente. Siempre se rehusó, al igual que Marx, a toda especulación utópica y menos, preceptiva, de lo que sería la sociedad socialista: porque son los hombres los que hacen su historia y porque la dialéctica no es abolida con la revolución. Aunque, si se lee atentamente, la transformación no sería inmediata, sino que implicaría a varias generaciones.

Una moral realmente humana que esté por encima de los antagonismos de clase, y *por encima del recuerdo de ellas*, no será posible sino en un estadio social que no sólo haya superado el antagonismo de clases, sino que lo *haya además olvidado para la práctica de la vida*.⁵⁰

Así, pues, lo que podemos conjeturar hoy acerca de la regularización de las relaciones sexuales después de la inminente supresión de la producción capitalista es, más que nada, de un orden negativo, y queda limitado, principalmente, a lo que debe desaparecer. Pero ¿qué sobrevendrá? Eso se verá cuando haya crecido una nueva generación: una generación de hombres que nunca se hayan encontrado en el caso de comprar a costa de dinero, ni con ayuda de ninguna otra fuerza social, el abandono de una mujer; y una generación de mujeres que nunca se hayan visto en el caso de entregarse a un hombre en virtud de otras consideraciones que las de un amor real, ni de rehusar entregarse a su amante por miedo a las consideraciones económicas que ello pueda traerles. Y cuando esas generaciones aparezcan, enviarán al cuerno todo lo que nosotros pensamos que deberían hacer. Se dictarán a sí mismas su propia conducta, y, en consonancia, crearán una opinión pública para juzgar la conducta de cada uno. ¡Y todo quedará hecho!⁵¹

Como señala Lúkacs:

Para los utopistas algo radicalmente nuevo se crea racionalmente, para el marxismo por el contrario, es el propio desarrollo socio-histórico el que, en determinado punto, cambia bruscamente e innova. En un sentido profundamente humano, no surge nada inédito, sino «simplemente» que determinadas actitudes, comportamientos, etc., humanos –que hasta el momento sólo pudieron realizarse ineficazmente como «excepciones»– ahora alcanzan una total generalidad social.⁵²

Bajando a la terrenal realidad presente, viene a mi mente una reflexión, en ese sentido, ante la organización y la actividad desplegadas en torno a las ollas populares en el Uruguay y la Argentina. La práctica

⁴⁹ F. Engels, *Anti-Dühring*, pp. 375-376. www.fundacionfedericoengels.net/images/PDF/engels_antiduhring_interior.pdf. Destacados míos. MLB.

⁵⁰ *Ibid.*, p. 155. Destacados míos.

⁵¹ F. Engels, *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*. Disponible en www.marxist.org/español.

⁵² G. Lúkacs, *El hombre y la democracia*, ob. cit., p. 97-98

coordinada, autónoma y generosa, muchas veces sacrificada, de la solidaridad se me aparece como una prefiguración de una moral posible y necesaria bajo el socialismo, evocando las expresiones de Vladimir Lenin sobre la generación de nuevos hábitos y sobre el trabajo gratuito y voluntario de los sábados comunistas.

Fuera del campo político y teórico es interesante el texto poco conocido de Oscar Wilde, *El alma del hombre en el socialismo*, donde afirma que sólo con la abolición de la propiedad privada se lograría la plena realización humana del individuo en su verdadero ser.

El análisis concreto de la situación concreta

El brillante análisis de Marx en *El 18 brumario* y el no menos luminoso de Engels en *El papel de la violencia en la historia*, referido al proceso que lleva a la unificación de Alemania bajo la égida de Prusia, demuestran cabalmente el acierto de Borón cuando reivindica la formulación de *teoría marxista de la política* contra la más difundida de *teoría política marxista*. Reproducimos su fundamentación por entenderla muy significativa, y una orientación valiosa desde el punto de vista metodológico.

(...) esta formulación [teoría política marxista] trae consigo el riesgo de una peligrosa reificación: la resultante de creer que lo político es un campo autónomo y, por lo tanto: (a) un fragmento nítidamente recortado de la realidad social y, (b) explicable, tal como aún hoy se hace en la tradición del liberalismo, mediante la operación de un conjunto de «variables políticas». Como sabemos, estas premisas son incompatibles con los planteamientos epistemológicos fundamentales del materialismo histórico. ¿Por qué? Porque para éste ningún aspecto o dimensión de la realidad social puede entenderse al margen –o con independencia– de la totalidad en la cual se constituye.⁵³

Esta consideración es aplicable a todas los componentes de la vida social, la economía, la política, la cultura, la ideología, el propio concepto de *sociedad*, que puede ser, dice el autor, “una engañosa abstracción sin tener en cuenta el fundamento material sobre el cual se apoya, la forma como se organiza la dominación social y los elementos simbólicos que hacen que los hombres y mujeres tomen conciencia de sus condiciones de existencia”.⁵⁴ Lo que no implica la imposibilidad de hacer análisis centrados en un aspecto particular, por razones metodológicas, ni de considerar las posibles autonomías relativas dentro del sistema. Por lo que Jesualdo Sosa, en el terreno educativo, planteaba aprovechar los intersticios del sistema para procurar una formación crítica, integral e independiente. Ciertamente es que, como muestra la historia, esas experiencias pedagógicas terminaron en la frustración o en la interdicción.

Son ejemplares, en este sentido de un enfoque totalizador, los estudios de Engels sobre temas militares, tanto desde el ángulo de las condiciones de la insurrección y la lucha de clases como desde el del armamento y la organización de las fuerzas armadas estatales y las acciones bélicas, su estrategia y su táctica. Se destacan especialmente sus artículos periodísticos sobre la guerra de Crimea, la guerra civil norteamericana, las guerras austro-prusiana y franco-prusiana, las campañas de Garibaldi y, en el plano estrictamente histórico, su obra sobre la guerra campesina en Alemania en el siglo XVI.

Para Engels, las fuerzas armadas son un componente ineludible del aparato del Estado. Su abordaje del tema, aunque despliega conocimientos técnicos, es esencialmente histórico, económico, social y político, en el entendido de que el armamento, que condiciona la estrategia, la táctica y la organización de los ejércitos, está

⁵³ A. Borón, *Tras el búho de Minerva*, Buenos Aires, FCE, 2000, p. 58

⁵⁴ Ídem.

directamente vinculado al desarrollo técnico y económico. Asimismo, el carácter del reclutamiento, que tiene raíces sociales, culturales y políticas, a su vez influye en el armamento, la formación y el método de combate.⁵⁵ El ejército refleja las relaciones sociales y el desarrollo productivo, y también los influye, antecediendo a veces a la sociedad civil, algo que también Marx señala en los *Grundrisse*. El “General”, como lo apodaban familiarmente, expone, por ejemplo, cómo la derrota del imperio ruso en la guerra de Crimea aceleró el desarrollo de la gran industria capitalista en ese país, o cómo la constitución de ejércitos de masas condiciona la técnica militar, pero también puede repercutir en la estructura del ejército, a la que traslada las contradicciones sociales, socavándola por dentro, y, por tanto, gravitar en las luchas políticas. Sin contar la carga financiera que significa para los Estados el incremento incesante del poderío bélico.

Nada depende tanto de las condiciones económicas como el ejército y la marina. El armamento, la composición del ejército, la organización, la táctica y estrategia, dependen ante todo del nivel de producción alcanzado y del sistema de comunicaciones. No fue la «libre creación de la inteligencia» de jefes militares geniales lo que provocó una revolución en este terreno, sino la invención de armas más perfectas y los cambios experimentados por el material-soldado; la influencia de los jefes militares geniales se redujo, en el mejor de los casos, a adaptar los métodos de lucha a las nuevas armas y a los nuevos combatientes.⁵⁶

Los ejércitos se han convertido en la finalidad principal de los Estados, en un fin en sí; [...] El militarismo domina y devora a Europa. Pero este militarismo alberga ya en su seno el germen de su propia ruina. La rivalidad desatada entre los Estados los obliga, por una parte, a invertir cada año más dinero en ejércitos, en barcos de guerra, en cañones, etc., acelerando con ello cada vez más la bancarrota financiera; por otra parte, los obliga a aplicar cada vez más seriamente el servicio militar obligatorio, con lo cual no hace más que familiarizar a todo el pueblo con el empleo de las armas, es decir, capacitarlo para que en determinado momento pueda imponer su voluntad a despecho del mando militar. Y ese momento llegará tan pronto como la masa del pueblo –los obreros del campo y la ciudad, los campesinos– tenga su voluntad.⁵⁷

El análisis nunca pierde la perspectiva revolucionaria, cuyo centro es la acción y la conciencia de las masas. “En política no existen más que dos fuerzas decisivas: la fuerza organizada del Estado, el ejército, y la fuerza no organizada, la fuerza elemental de las masas populares”.⁵⁸

El enfoque siempre es histórico: no sólo estudia la evolución de la técnica y la organización militares en su interrelación con los procesos políticos, sociales y culturales, sino que también muestra el contenido de clase de las guerras, desarrolla una teoría de la violencia en la historia y la política, elabora una prospectiva de gran penetración. Luego de la guerra franco-prusiana escribe:

(...) para Prusia-Alemania no hay posibilidad de hacer otra guerra que la mundial. Y sería una guerra mundial de magnitud desconocida hasta ahora. De ocho a diez millones de soldados se aniquilarán mutuamente, y además, se engullirán toda Europa, dejándola tan devastada como jamás lo habían hecho las nubes de langosta. (...) una imposibilidad absoluta de prever cómo terminará todo esto y quién saldrá vencedor en la lucha. Sólo un resultado no deja lugar a dudas: el agotamiento total y la creación de las condiciones para la victoria definitiva de la clase obrera.⁵⁹

⁵⁵ Por ejemplo, explica que los ejércitos revolucionarios en EE.UU. y Francia, con un reclutamiento masivo de material humano poco preparado, introducen los destacamentos móviles de tiradores, la formación en columna, la organización en divisiones, en lugar de la formación lineal de los ejércitos mercenarios y bien adiestrados que se les oponían. Napoleón llevó a la perfección esas transformaciones que conllevaron cambios en el armamento: cureñas más livianas y el fusil de culata curva, a ejemplo de las escopetas de caza. Toma en cuenta aspectos culturales: “Sólo un pueblo de cazadores como el norteamericano podía resucitar la formación de tiradores...”. F. Engels, *Temas militares*, Buenos Aires, Cartago, 1974, pp. 27-28 y 30.

⁵⁶ *Ibid.*, p. 25.

⁵⁷ *Ibid.*, p. 29.

⁵⁸ Engels, *El papel de la violencia en la historia* [1887-1888 / publicado en *Die Neue Zeit*, 1895-1896]. www.marxists.org/español.

⁵⁹ *Ibid.*, p. 261.

Las formas del Estado y la lucha de clases

“Tampoco es ninguna casualidad”, afirma Lúkacs en su libro *El hombre y la democracia*, “que el más perfecto, el más explícito ‘idealismo’ abstracto de las formas de gobierno del Estado, sea el instrumento más apropiado para que se afirmen los intereses egoístas-capitalistas sin dificultad bajo el pretexto de intereses generales, ideales”.

Con frecuencia se alega que el marxismo carece de una elaboración teórica en la esfera de la política o que es débil e incompleta. En primer lugar, decir “marxismo” no implica que todo debería quedar resuelto por los fundadores: podemos entenderlo como un cuerpo de ideas, de desarrollos teórico-prácticos que, a partir de la obra de Marx y Engels, se ha construido y sigue construyéndose históricamente. Este proceso de elaboración tiene un carácter acumulativo, en el sentido de que cada nuevo aporte se cimenta y eleva sobre un acervo común, lo que no excluye, como vimos, desarrollos divergentes y hasta opuestos. La polémica ha sido siempre acicate para la investigación y la reflexión. Y también implica una renovación constante, por cuanto encara diversas realidades, percibe otros problemas o enfoques, propone nuevas síntesis. Cobra singular vigencia la idea de Rosa Luxemburgo en el sentido de que el marxismo contiene elementos y problemas que no reciben atención o no pueden ser desarrollados hasta que la historia y la praxis social los vuelven actuales.

En segundo lugar, ni Marx ni Engels se desentendieron de este aspecto como debe haber quedado claro con las citas que anteceden, y sus aportes van más allá de las condiciones de la lucha revolucionaria o de la transición al socialismo.

Luego de haber reseñado tantas y tan categóricas manifestaciones sobre el carácter de clase del Estado, es imprescindible destinar un espacio al análisis de Marx y, en nuestro caso, al de Engels, sobre los medios en que se ejerce esa dominación, es decir, sobre las diversas formas de gobierno. Una problemática que no les fue indiferente, intelectual ni políticamente, por más que relativicen el significado de las formas institucionales en relación con el verdadero contenido social.

No cabe duda –dice el joven Marx– de que la emancipación política representa un gran progreso, y aunque no sea la forma última de la emancipación humana en general, sí es la forma última de la emancipación humana dentro del orden del mundo actual. Y claro está que aquí nos referimos a la emancipación real, a la emancipación práctica.⁶⁰

Friedrich Engels no pierde de vista en ningún momento el contenido real del Estado y su divorcio de la sociedad, más allá de los aspectos jurídicos e institucionales. Engels señala a la vez la posible autonomía relativa de la esfera política y su progresivo divorcio o escisión de la sociedad, tomando como ejemplo la situación de lo que en esa época, el siglo XIX, era el más consagrado modelo de democracia política, los Estados Unidos.

(...) a la larga, estos órganos, a la cabeza de los cuales figuraba el poder estatal, persiguiendo sus propios intereses específicos, se convirtieron de servidores de la sociedad en señores de ella. Esto puede verse, por ejemplo, no sólo en las monarquías hereditarias, sino también en las repúblicas democráticas. No hay ningún país en que los «políticos» formen un sector más poderoso y más separado de la nación que en Norteamérica. Allí cada uno de los dos grandes partidos que alternan en el Gobierno está a su vez gobernado por gentes que hacen de la política un negocio, que especulan con las actas de diputado de las asambleas legislativas de la Unión y de los distintos estados federados, o que viven de la agitación en favor de su partido y son retribuidos con cargos cuando éste triunfa. [...] Y es precisamente en

⁶⁰ C. Marx, *Sobre la cuestión judía*, ob. cit., <http://archivo.juventudes.org/textos>.

Norteamérica donde podemos ver mejor cómo progresa esta independización del Estado frente a la sociedad, de la que originariamente debía ser un simple instrumento.⁶¹

Y se cree haber dado un paso enormemente audaz con librarse de la fe en la monarquía hereditaria y entusiasmarse por la república democrática. En realidad, el Estado no es más que una máquina para la opresión de una clase por otra, lo mismo en la república democrática que bajo la monarquía; y en el mejor de los casos, es un mal que se transmite hereditariamente al proletariado triunfante en su lucha por la dominación de clase.⁶²

Engels, aunque no era de ningún modo un pacifista o un legalista, se guarda de alentar el voluntarismo que promovía enfrentamientos destinados a la derrota. En su célebre prefacio a *La lucha de clases en Francia*, produce un análisis medular sobre las nuevas condiciones de la lucha política y social en la Alemania de 1895, análisis que Borón valora como un antecedente importante de la elaboración gramsciana.

La cruenta derrota de la Comuna de París en 1871 hizo que el centro de gravedad de las luchas obreras pasara a Alemania, con el desarrollo de un fuerte partido socialdemócrata, a pesar de las leyes represivas del Imperio.

Engels constata la capacidad de recuperación del capitalismo de la gran crisis de 1870-80, así como afirma la relación, también advertida por Marx, entre los ciclos de crisis y recuperación económicas con los movimientos políticos de revolución y reacción. Explica la expansión de la gran industria capitalista en Europa durante la segunda mitad del siglo, que volvió más simple y clara la definición de las contradicciones de clase en el continente, así como el avance cuantitativo y cualitativo del movimiento obrero y su unidad en la lucha social y política: “el gran ejército *único*, el ejército internacional de los socialistas, que (...) crece día a día en número, en organización, en disciplina, en claridad de visión y en seguridad de vencer”.⁶³

Asimismo, hace un análisis de las nuevas condiciones del enfrentamiento en las calles, crecientemente desventajosas para las fuerzas populares. Además, él, que había estado en las barricadas del 48, no mitifica esa forma de combate y la examina en cada contexto histórico-social. Por tanto, sostiene que el movimiento socialdemócrata, pese a su poderío, difícilmente puede alcanzar la victoria según la tradición del “combate decisivo” que había inspirado las insurrecciones populares desde la Revolución Francesa. Por el contrario, “*tiene que avanzar lentamente, de posición en posición, en una lucha dura y tenaz*”.

Este texto, que muchos califican como el testamento político de Engels, fue publicado por primera vez en *Vorwärts*, el órgano oficial del SPD, en forma parcial y sin la aprobación del autor, que se enfureció ante una versión que consideraba “vergonzosa” pues lo presentaba como “un defensor pacífico de la legalidad a cualquier precio”.⁶⁴ Todos podemos recordar muchas lecturas recortadas, sesgadas y nada dialécticas de este texto, para justificar la “renovación del marxismo” y la fetichización de “la democracia” en la década de los noventa.

Si leemos el breve escrito, cuya finalidad no era ser un legado testamentario,⁶⁵ resaltan algunos elementos muy significativos. En primer lugar, encontramos el análisis de una situación concreta y conclusiones referidas a la lucha social y política, que prevén sea de larga duración y, por tanto, requiere una nueva

⁶¹ F. Engels, *Introducción a La Guerra civil en Francia*, ob. cit., pp. 271-272

⁶² Ídem.

⁶³ F. Engels, *Introducción a Las luchas de clases en Francia*, ob. cit., p. 696

⁶⁴ Escribe a Kautsky y Lafargue protestando contra esa publicación mutilada. La introducción se publicó posteriormente completa, aunque con algunas modificaciones, en *Die Neue Zeit*.

⁶⁵ Una, porque no tenía previsto morir en breve; dos, y principal, porque no lo veía ni podía verlo como un texto definitivo y final. Por lo mismo, siempre compartí con Alcira Legaspi el rechazo a atribuir al último trabajo de Rodney Arismendi para *Estudios* el carácter de testamento.

estrategia que debe centrarse en la conquista de la conciencia de las grandes masas, es decir, en la batalla de ideas, tendiente a lograr la hegemonía. La misma expresión, “avanzar de posición en posición”, evoca inevitablemente a Gramsci.

En este sentido, Engels destaca la importancia del sufragio universal, del que hace una valoración también concreta e histórica. Mientras que en Francia había significado el triunfo del “partido del orden” de Luis Napoleón, gracias al voto campesino conservador, en Alemania permitió el incontenible crecimiento del SPD y la participación de un socialista, August Bebel, en el primer *Reichstag* constituyente.

Según Engels, los socialistas alemanes habían brindado a los camaradas de otros países “un arma nueva, una de las más afiladas: hacerles ver cómo se utiliza el sufragio universal”; lo habían “transformado de medio de engaño en medio de emancipación”. Lo consideraba el instrumento que podía permitir, por la misma campaña electoral, vincularse con las grandes masas y estimular su actividad, desarrollar la agitación y la propaganda, tomar al parlamento como gran tribuna pública, todo dirigido a acumular fuerzas y elevar la conciencia y la experiencia del pueblo.

Allí donde se trate de una transformación completa de la organización social, tienen que intervenir directamente las masas, tienen que haber comprendido por sí mismas de qué se trata, por qué dan su sangre y su vida.⁶⁶

Como es visible, Engels no renuncia a la revolución ni a la insurrección, y no sólo porque la considere el “único ‘derecho’ *realmente* histórico”. En la práctica, esa acumulación de fuerzas debe ser preservada e incrementada en vista a ser “la ‘fuerza de choque’ decisiva del ejército proletario internacional”, en la que hay que contar “los jóvenes y las mujeres que (...) no tienen voto”, que no son un contingente electoral, pero sí, sin duda, una fuerza importante en la batalla social y política.

Mantener en marcha ininterrumpidamente este incremento, hasta que desborde por sí mismo el sistema de gobierno actual; no desgastar en operaciones de descubierta esta fuerza de choque que se fortalece diariamente, sino conservarla intacta hasta el día decisivo: tal es nuestra tarea principal.⁶⁷

También, para Gramsci, las diversas formas de lucha –guerra de posiciones y de movimientos, arditismo, guerra subterránea– no se excluyen entre sí ni en lo militar ni en lo político, y todas pueden ser utilizadas, combinadas, incluso simultáneamente. “*Sólo la política crea la posibilidad de la maniobra y el movimiento*”.⁶⁸ Finalmente, hay que tener presente que ambos saben bien que la lucha política es mucho más compleja que la militar y que, como dice Gramsci, “los parangones entre el arte militar y la política deben ser establecidos siempre *cum grano salis*, es decir, sólo como estímulos para el pensamiento y como términos de simplificación *ad absurdum*”.⁶⁹

Tanto Engels como Gramsci entienden que esas tácticas también pueden ser empleadas por las clases dominantes.⁷⁰ Por eso Engels insiste en prevenir contra las provocaciones: “Y si no somos tan locos que nos

⁶⁶ F. Engels, *Introducción a la lucha de clases en Francia*, ob. cit., p. 704. Ese final fue sustituido en *Die Neue Zeit* por la frase “por qué deben luchar”.

⁶⁷ *Ibid.*, p. 706

⁶⁸ Antonio Gramsci, *Notas sobre Maquiavelo, sobre política y sobre el Estado moderno*, México, Juan Pablos Editor, 1975, p. 91

⁶⁹ *Ibid.*, p. 90.

⁷⁰ Engels se refiere a que los conservadores se verán llevados a romper su propia legalidad; con la experiencia fascista, Gramsci es muy explícito sobre ese recurso: “Una organización estatal debilitada es como un ejército que ha perdido todo su vigor; entran en el campo los *arditi*, o sea, las organizaciones armadas privadas que tienen dos objetivos: hacer uso de la ilegalidad, mientras el Estado parece permanecer en la legalidad, como medio de reorganizar al mismo Estado. (...) combatir el arditismo con el arditismo es algo estúpido; significa creer que el Estado permanecerá siempre inerte, lo que no ocurre jamás...”. Gramsci, *op. cit.*, p. 91.

dejemos arrastrar al combate callejero para darles gusto, a la postre no tendrán más camino que romper ellos mismos esta legalidad...”.⁷¹

Finalmente, tampoco tiene ilusiones sobre la legalidad. Si a la socialdemocracia la legalidad le ha dado “músculos vigorosos y carrillos colorados”, sabe que la burguesía y los conservadores deberán romper y romperán su propia legalidad si el enemigo les parece una amenaza excesiva.

Dejémosles que saquen adelante sus proyectos contra la subversión, que los hagan todavía más severos (...) no conseguirán nada más que aportar una nueva prueba de su impotencia. Para meter seriamente mano a la socialdemocracia, tendrán que acudir además a otras medidas muy distintas. La subversión socialdemocrática, que *por el momento* vive de respetar las leyes, sólo podrán contenerla mediante la subversión de los partidos del orden, que no puede prosperar sin violar las leyes. (...) ¡La ruptura de la Constitución, la dictadura; el retorno al absolutismo, *regis voluntas suprema lex!*⁷²

Además de que el número ya es una fortaleza (para acabar con todos los socialistas, según Engels, “no bastan todos los fusiles de repetición de Europa y América”), el convertirse en masas conscientes les permitiría penetrar en todo el aparato del Estado: es muy sugerente el paralelo final con aquel “partido de la subversión” perseguido en el Imperio Romano, los cristianos, que por su resistencia y número llegaron a ser mayoría dentro del ejército romano para culminar en la consagración del cristianismo como religión oficial. En el mismo sentido, hay que recordar su valoración política del servicio militar, la cual citamos anteriormente.

Dentro de su examen histórico de las formas de gobierno, a Engels se le reconoce la elaboración en torno a otra categoría política: el “bonapartismo” o “cesarismo”. Marx aporta a ese concepto con *El 18 brumario* y otros textos; Engels lo desarrolla a través de sus estudios de la historia política alemana, en particular, en un texto poco frecuentado pero muy valioso como *El papel de la violencia en la historia*, que explica, con profundidad no exenta de humor, el ascenso de Bismarck, una especie de Napoleón III de imitación.

La tesis central que profundiza Engels en diversos trabajos es la posible autonomía relativa del Estado respecto a las clases dominantes y los contextos en que ese fenómeno se produce, su relación con la base económica.

Sin embargo, por excepción, hay períodos en que las clases en lucha están tan equilibradas, que el poder del Estado, como mediador aparente, adquiere cierta independencia momentánea respecto a una y otra. En este caso se halla la monarquía absoluta de los siglos XVII y XVIII, que mantenía a nivel la balanza entre la nobleza y la burguesía; y en este caso estuvieron el bonapartismo del Primer Imperio francés, y sobre todo el del Segundo, valiéndose de los proletarios contra la clase media, y de ésta contra aquéllos. La más reciente producción de esta especie, donde opresores y oprimidos aparecen igualmente ridículos, es el nuevo imperio alemán de la nación bismarckiana: aquí se contrapesa a capitalistas y trabajadores unos con otros, y se les extrae el jugo sin distinción en provecho de los *Junker* prusianos de provincias, venidos a menos.⁷³

En situaciones de equilibrio de fuerzas, donde la burguesía teme más a las masas populares que al absolutismo, puede aceptar ciertas pérdidas en sus aspiraciones al poder político a cambio de seguridad y de ver atendidos otros objetivos, como podían ser las ganancias económicas, la expansión territorial y la sujeción de los trabajadores. Enfocar el bonapartismo también implicaba el estudio del papel político de las fuerzas armadas y de lo que hoy llamaríamos *populismo*, el “coqueteo” con las clases populares como medio

⁷¹ F. Engels, *Introducción a la lucha de clases en Francia*, ob. cit., p. 706.

⁷² *Ibid.*, pp. 706-707. Destacado mío. MLB.

⁷³ F. Engels, *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*, ob. cit., pp. 94-95.

de presión y de hacerse una base de masas, para recorrer diversos caminos, como Luis Napoleón y Bismarck, desde el sufragio universal al golpe de Estado.

Luis Napoleón se hizo el ídolo de la burguesía europea. Y no sólo merced a la “salvación de la sociedad” del 2 de diciembre de 1851, con la que, la verdad sea dicha, puso fin al poder político de la burguesía, pero *con tal de salvar el poder social de la misma*; no sólo por haber mostrado que, en las condiciones favorables, el sufragio universal podía ser transformado en un instrumento de opresión de las masas; no sólo porque, bajo su reinado, la industria, el comercio y, sobre todo, la especulación y la Bolsa alcanzaron una prosperidad inaudita; sino, ante todo, porque la burguesía reconocía en él al primer «gran hombre de Estado» que era la carne de su carne y la sangre de su sangre. Era un advenedizo, como cualquier auténtico burgués.

(...) Y si hubiese de maltratar algo la Constitución prusiana y apartar a los ideólogos de la Cámara y de fuera de ella, dándoles lo merecido, ¿acaso no se podía, igual que Luis Bonaparte, respaldarse en el sufragio universal? ¿Qué podía ser más democrático que la implantación del sufragio universal? ¿No habrá demostrado Luis Napoleón que es absolutamente inofensivo, al tratarlo como es debido? Y ¿no ofrecía precisamente ese sufragio universal el medio de apelar a las grandes masas populares, de coquetear ligeramente con el movimiento social naciente, caso de que la burguesía se mostrase recalcitrante?

... Bismarck combatió al extremo las exigencias parlamentarias de la burguesía. Pero ardía en deseos de hacer valer sus reivindicaciones nacionales, ya que éstas coincidían con los anhelos más íntimos de la política prusiana. *Si cumplierse una vez más la voluntad de la burguesía contra la voluntad de esta misma*, si llevase a la práctica la unificación de Alemania tal y como había sido formulada por la burguesía, el conflicto se hubiera resuelto de por sí, y Bismarck hubiera devenido el ídolo de los burgueses del mismo modo que Luis Napoleón, su modelo. La burguesía le señaló el objetivo, y Luis Napoleón, la vía de lograrlo; el lograrlo era obra de Bismarck.⁷⁴

Karl Marx presenta al bonapartismo como un caso particular; con Engels adquiere el carácter de una categoría historiográfica general que puede manifestarse en diversos contextos. Gramsci y Trotsky, por su parte, aportaron a la reflexión en torno al concepto y a sus diversas manifestaciones histórico-concretas, como el ascenso del fascismo (aunque Gramsci prefiere el término más universal y significativo en Italia de “cesarismo”).

La reflexión de Marx y Engels sobre el bonapartismo está estrechamente ligada a su elaboración sobre la naturaleza del Estado, tanto desde una óptica histórica como teórica, refiriendo a la relación entre estructura y superestructura, al papel de la fuerza y de las apelaciones ideológicas (nacionalismo, inseguridad, desorden interno, etc.).

Aunque no se pueden sobreimprimir categorías y modelos a la realidad político-social *sin precauciones, sin matices ni distinciones*, no hay duda de que la figura del “personaje salvador”, producto de una crisis de dominación, que se eleva (apoyado por el “partido del orden”, la fuerza militar o paramilitar y logrando el respaldo de un contingente importante de la población) a través de la implantación de una lógica de guerra –interna o externa–, ha sido un fenómeno reiterado en la historia mundial y latinoamericana. Subrayamos lo relativo a las distinciones y matices necesarios porque los traslados mecánicos no sirven a la comprensión de los acontecimientos y procesos históricos. En este sentido, dice Trotsky en su último artículo:

Hay un elemento de bonapartismo en el fascismo. Sin este elemento, a saber, sin la elevación del poder estatal por encima de la sociedad debido a una extrema agudización de la lucha de clases, el fascismo

⁷⁴ F. Engels, *El papel de la violencia en la historia*, ob. cit. www.marxists.org/español.

habría sido imposible. Pero señalamos desde el comienzo mismo que se trataba fundamentalmente del bonapartismo de la época de la declinación imperialista, que es cualitativamente diferente del de la época de auge de la burguesía.⁷⁵

Gramsci refina la idea: “el cesarismo es una fórmula polémico-ideológica y no un canon de interpretación histórica. Se pueden dar soluciones cesaristas, aún sin un César [...]. Todo gobierno de coalición es un grado inicial de cesarismo, que puede o no desarrollarse hasta los grados más significativos...”.⁷⁶ El pensador italiano diferencia por su contenido diversos fenómenos cesaristas: unos serían progresivos, entre los que ubica al propio César o a Napoleón I, y otros regresivos como el de Luis Napoleón o Bismarck. Reconoce que en el mundo moderno hay espacios para el cesarismo, dependiendo de los países y de su fuerza en el contexto internacional, pero anota que “el cesarismo moderno, más que militar, es policial”. Desde el punto de vista teórico, señala lo siguiente:

Sería un error de método (un aspecto del mecanicismo sociológico) considerar que en los fenómenos de cesarismo, tanto progresista como regresivo o de carácter intermedio episódico, todo el nuevo fenómeno histórico sea debido al equilibrio de las fuerzas «fundamentales»: es necesario ver también las relaciones existentes entre los grupos principales (de distintos géneros; social-económico y técnico-económico) de las clases fundamentales y las fuerzas auxiliares guiadas o sometidas a la influencia hegemónica. Así, no se comprendería el golpe de Estado del 2 de diciembre sin estudiar la función de los grupos militares y de los campesinos franceses.⁷⁷

Hemos intentado reseñar las principales proposiciones teóricas de Friedrich Engels acerca del Estado y su proyección en su pensamiento social y político; a la vez, cómo la praxis concurre a la producción de teoría, según la famosa formulación de Arismendi.⁷⁸ Nos detuvimos en algunos trabajos particulares, en tanto análisis modélicos de situaciones políticas concretas en su complejidad, considerada históricamente. Tales trabajos no fueron un ejercicio académico. Estuvieron destinados a orientar la lucha revolucionaria. Incluimos algunas someras referencias a otros autores, limitándonos a los que podríamos considerar clásicos, para no perder de vista las diversas lecturas de las tesis de Marx y Engels, ni tampoco la persistente reflexión, más allá de valoraciones, sobre la problemática del Estado. Esperamos haber logrado mostrar su vigencia y actualidad.

⁷⁵ L. Trotsky, *Bonapartismo, fascismo y guerra*. Disponible en www.marxists.org/español.

⁷⁶ A. Gramsci, ob. cit., pp. 85-86.

⁷⁷ *Ibid.*, p. 88.

⁷⁸ R. Arismendi, “La praxis revolucionaria mundial –que se nutre primordialmente de la experiencia de cada pueblo– enriquece la teoría, produce teoría; es la recreación sin tregua de práctica y teoría tan característica del marxismo”. En *Vigencia del marxismo-leninismo*, México, Grijalbo, 1984, p. 128.